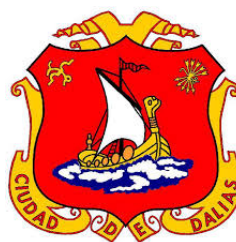




III CERTAMEN DE  
RELATO CORTO



CASINO DE DALÍAS



**SEGUNDO PREMIO**

**Título: MONSIEUR BERNARD**

**Autor: Mario Gomikian**





Sobre el autor...

Mi nombre es Mario Gomikian. Nací hace sesenta años en la Ciudad de Buenos Aires, y resido actualmente en la ciudad de Santos Lugares, Provincia de Buenos Aires, muy cerca de la casa donde viviera -y terminara sus días- nuestro querido y afamado escritor, el maestro Don Ernesto Sábato.

Hace más de treinta años que estoy casado con Adela, quien me dio, junto a su amor y paciencia, dos maravillosos hijos: Paula y Gabriel.

Poco y nada puedo decir de mi formación literaria -en este sentido, sólo me exculpa el hecho de ser un contumaz lector-, pues mi carrera y profesión no tienen -en absoluto- que ver con las letras (sí, con los números), ya que soy ingeniero electrónico, docente técnico y universitario, actualmente jubilado.

Sólo me considero un humilde escritor aficionado -aficionadísimo, si se me permite el término-, aunque he tenido la insolente audacia de haber escrito toda mi vida, tanto ficción como no ficción, y planeo seguir haciéndolo mientras tenga fuerzas y lucidez.

He sido bendecido con la inmerecida fortuna de que algunos de mis relatos hayan sido premiados ("Diferencia", III Octubre Literario, Santa Fe, 2018), que hayan sido publicados en revistas literarias argentinas ("Crepúsculo", Un Túnel Literario, Santos Lugares, 2004), que figuren en antologías españolas ("Concierto", 31 Historias para Encontrarte, El Libro en Blanco, Tenerife, 2019), y en antologías de Argentina ("J.L.B.", Segunda Antología Los Libros de Charlie, San Luis, próximo a editarse).



**MONSIEUR BERNARD**

**Mario Gomikian**



## MONSIEUR BERNARD

*Unheimlich: del alemán; siniestro. Todo lo que debía haber quedado oculto, secreto pero se ha manifestado.*

*(Sigmund Freud)*

SIERVO DE DIOS. Bernard era un hombre saludable, aunque su pequeña contextura, su aspecto delicado y cierto aire remilgado en sus maneras, proyectaban, en conjunto, una falsa impresión de fragilidad a su persona. Devoto creyente. Fervoroso partidario de la derecha. Predicador a ultranza de la moral y las buenas costumbres. Amante del ocio, la buena vida y las artes. Melómano consumado. Adorador de la limpieza, el orden y la pulcritud. Siempre elegante. Habitualmente callado; aunque perspicaz y agudo en sus comentarios. Extremadamente culto; un tanto infatuado a veces, de un humor particular, rayano en lo irónico, Bernard se definía a sí mismo como un humilde siervo de Dios.

PEQUEÑOS PLACERES. Propietario de una bella mansión heredada y un holgado pasar, Bernard administraba con sensatez su fortuna, aunque sin privarse de prodigar su dinero en pequeños (como gustaba llamarlos) placeres y pasatiempos. Aficionado a coleccionar singulares artículos, refinados objetos de arte y preciadas antigüedades, no escatimaba tampoco en adquirir costosos -y, en algunos casos, tal como veremos luego, curiosos- presentes para esa grácil y delicada -aunque, sumisa, insulsa y predecible- dama victoriana, que ostentaba con orgullo el título de ser su “*legítima esposa*”.

DIAGNÓSTICO. Este no era, precisamente, uno de sus mejores días. Bernard tenía la garganta irritada, congestión nasal, la frente ardiente y una tenaz jaqueca que le taladraba, impiadosamente, la base del cráneo. En resumen, un clásico cuadro de resfriado común (según rezaba el diagnóstico, escrito de puño y letra por su actual médico de cabecera) que lo

Monsieur Bernard

desvinculaba del mundo, obligándolo a pasar la tarde entre sábanas, ingiriendo a isócronos intervalos –junto con las melosas infusiones calientes que la criada le alcanzaba-, la pócima prescrita (básicamente, un preparado de alcohol, alcanfor y eucalipto, en forma de jarabe), que si bien no osaba rechazar, sí se permitía poner en duda, fuera lo más adecuado para él.

LA VERDAD SEA DICHA. Algo de razón asistía a Bernard. Por los resultados obtenidos hasta el momento –llevaba ya dos días en tal estado-, la medicina parecía no hacer nada por componerle y, a su criterio, sólo contribuía a aletargarlo aún más.

DIGRESIÓN. Debemos acotar que Bernard desconfiaba de los médicos. A decir verdad, de los médicos, de sus diagnósticos, de los análisis y estudios solicitados, de los resultados de esos estudios, de la segunda opinión sobre los mismos, de los medicamentos recetados y de la farmacopea en general. No alcanzaba a entender porqué, pese a la evidente e irrefutable inutilidad de la medicina en todos sus aspectos, la gente vulgar recurría una y otra vez a su servicio, con inveterada fe en sus cualidades curativas o, mejor dicho, con la irreductible convicción que los médicos (*charlatanes de feria*, según él los calificaba) habían sabido infundirle sobre dichas cualidades.

SÚBITA MANIFESTACIÓN SEMÁNTICA. La insípida novela alemana, sobre cuyas ininteligibles páginas (claro está, así le parecían a Bernard en razón de su estado) fatigaba sus ojos, no favorecía en lo más mínimo el cuadro de situación. *Unheimlich*, pensó Bernard súbitamente, y de inmediato contrajo su cara en una mueca de dolor y asombro. Conocía perfectamente el significado de esa palabra, pero... ¿a qué extraña impronta de su mente obedecía ese término? ¿Acaso se trataba de una casualidad semántica, derivada de la lectura? No. No recordaba haber leído algo similar en el texto. ¿Una simple asociación de ideas? ¿Un acto fallido? Quizás. Quizás. Lo que lo intrigaba sobremanera era el porqué. ¿Por qué se le había ocurrido precisamente esa palabra? ¿Por qué había surgido así, tan de repente,

repercutiendo en su cabeza y exacerbando el malestar que lo afligía, con su particular -y, a su juicio, un tanto gutural- fonética teutona? ¿Por qué...? ¿Por qué...? ¿Por qué...? Las preguntas parecían martillar su mente en una suerte de interminable e irritante letanía mecánica. El dolor de cabeza era insoportable. Bernard apagó la luz y se dispuso a dormir un rato. Sólo así, tal vez, lograría descansar un poco su martirizada humanidad.

EL VIEJO MÉDICO. La desconfianza de Bernard hacia los médicos tenía un motivo –tal vez– fundado. Su anterior médico de cabecera, un afable septuagenario de finos modales, profesional de reconocido mérito (si bien, un tanto anticuado y obcecado en sus métodos) y conducta intachable, conocía a Bernard desde que éste llegara al mundo y cuidaba de la salud familiar desde mucho antes. Sin embargo, pese a este vínculo, tan estrecho y extenso en el tiempo, no gozaba de la simpatía de Bernard. Muy por el contrario.

EL INCIDENTE. El motivo de este auténtico rencor hacia el facultativo se remonta a la pubertad del protagonista de nuestra historia. Sin duda, fue aquel inadecuado comentario -pretendidamente risueño y sin mala fe, vertido por el doctor en presencia de Bernard y de sus padres-, en relación con la pequeñez anatómica de las partes pudendas del joven, lo que hirió la sensibilidad de éste en lo más hondo. Bernard jamás olvidó ese hecho.

LA REPRESALIA. Pasados veinte años, una carta de denuncia -detallada y admirablemente convincente (por lo impecable de su redacción y los sutiles modismos empleados, de tenor casi literario, parecía obra de una persona de mayor cultura que la de su autora: una simple dependiente de tienda)-, dirigida a las autoridades por parte de una joven paciente del doctor (conocida de Bernard y, oportunamente, urgida de dinero), junto con el hallazgo policial de cierta prueba incriminatoria irrefutable (una prenda íntima femenina, plantada esmeradamente por dicha joven en el consultorio), terminaron con la carrera profesional del galeno.

Monsieur Bernard

TRÁGICA RESOLUCIÓN. El buen doctor afrontó con entereza el juicio y sentencia por abuso deshonesto, pero no llegó a dar con sus huesos en la cárcel. Su vida terminó, pocos días después de conocido el veredicto, a consecuencia del balazo que se propinara en la sien.

INDULGENCIA. Un joven Bernard, compungido por la trágica muerte del viejo médico de la familia, se obligó por entonces a ayunar y orar durante un día completo, y a triplicar el monto de sus donativos en favor de los pobres, en las siguientes misas dominicales.

SALIDA. Cuando las sombras del atardecer formaban extraños ángulos sobre las aristocráticas viviendas del vecindario, Bernard abandonó la casa. Elegantemente vestido con oscuro *jaquette* de pana inglesa y desusadamente altivo, bajó por la escalinata del frente con paso decidido. En sus oídos aún resonaban los entrañables compases del aria *Che gelida manina de La bohème*, que escuchara en su lujoso gramófono *Pathé* (recién adquirido por Bernard), al tiempo que degustaba una generosa dosis de añoso brandy *Larios*, reconfortante panacea malagueña –a su criterio, muy superior al coñac francés-, que se atizaba en especiales ocasiones.

PASEO VESPERTINO. El sórdido villorrio (epítome de la fascinación de Bernard por lo marginal) al que se dirigía casi siempre en sus habituales paseos vespertinos, se hallaba a más de veinte cuadras de su hogar, pero eso no le importaba. Le gustaba caminar hacia allí por las tardes y, más aún, recorrer ese lugar.

CONTRADICCIÓN. Sin duda, era éste un rasgo contradictorio de la personalidad de Bernard: *le gustaba recorrer ese mísero lugar*. Sí, a pesar de que sentía una proverbial aversión por las enfermedades y un reverencial temor (sumemos también aquí, una dosis de repugnancia) por todo lo que, según su opinión, pudiera ocasionarlas: las corrientes de aire, la



humedad, el frío, el excesivo calor, los cambios de clima, las toses o estornudos ajenos y, por supuesto, los menesterosos, sus inmundas costumbres, y sus pringosos ámbitos y moradas.

CONCISO PERFIL CUASI PSICOLÓGICO. Debemos hacer notar que la principal peculiaridad de la personalidad de Bernard, consistía en un desorden u obsesión compulsiva (término correspondiente al psicoanálisis: práctica terapéutica en pleno auge a la fecha de nuestra historia) que mudaba su conducta cíclicamente y fuera por completo de su control -hecho que lo angustiaba en extremo-, fluctuando entre el más elevado y puro anhelo espiritual -casi místico-, y la más baja propensión hacia los actos crueles e inmorales. Esas dos características fundacionales (y dicotómicas, por cierto) de su carácter, permanecían, como se verá, incólumes.

EL LUGAR DEL CRIMEN. El hediondo arrabal por el que deambulaba Bernard (con cierta aprensión sin duda, pero también, hay que añadir, con notable arrojo) se ubicaba en los suburbios de la ciudad cercanos al muelle, sobre una superficie de unas diez manzanas. Era éste un lugar caótico, poblado de casas precarias -en realidad, turbios asentamientos de vagos, prostitutas y maleantes-, donde hacinados entre nubes de moscas, perros sarnosos y basura, convivía la más baja ralea social.

COMENTARIO AL MARGEN. Era un hecho singular, por cierto, que un individuo tan elegantemente vestido como Bernard, pudiera pasar prácticamente inadvertido entre esa nutrida exposición de arquetipos de la miseria humana en todas sus formas.

FISGONES. Andando por una de las estrechas callejas -mientras protegía su boca y garganta del frío (y de cualquier efluvio malsano) con su echarpe de seda tailandesa-, Bernard reparó en los murmullos y gritos de los muchos curiosos que se agolpaban delante de una vivienda

Monsieur Bernard

de sombría fachada. Todos pugnaban por ver y entrar; la policía, formando un cerco en el frente, lo impedía. En algunas ventanas aledañas, advirtió, asomaban cabezas indiscretas.

LUCTUOSO HALLAZGO. Bernard siguió merodeando el lugar, observándolo todo con expresión imperturbable, aunque alerta y expectante. Al parecer -según pudo recabar en sucinta pesquisa-, en la parte trasera de esa casa, la policía había descubierto el cadáver de una joven prostituta, asesinada el día anterior. Transcurrido un rato, el cordón policial abrió paso a dos robustos enfermeros que transportaban una camilla hasta la ambulancia estacionada. Alzando la cabeza por sobre los curiosos, Bernard alcanzó a ver el cuerpo amortajado: un pequeño despojo contrahecho, que apenas lograban disimular las blancas sábanas sobrepuestas, teñidas de rojo en varios lugares.

REMEMBRANZAS. Profundamente conmovido, Bernard recordó el rostro beatífico de esa niña muerta (*propio de una Vierge au Lys*, así lo evocó) y sus bellísimos ojos. En perfecta sucesión -como en una novela de Dostoievski- desfilaron por su mente: el crepúsculo (que se acercaba propiciamente para sus lujuriosos fines); la charla (frívola y breve); la transacción comercial (efectuada rápidamente y sin regateos); la miseria del cuarto nauseabundo al que fue conducido; el soez lenguaje con el que ella pretendía incitarlo (Bernard se ruborizó al recordarlo); la simetría imperfecta de sus senos descubiertos, aún en ciernes...

ESPEJO. ... y, duplicado en el espejo agrietado de la pared de esa habitación, el frágil cuerpo desnudo de la muchacha: un paisaje lastimoso, plagado de ronchas y moretones; mermado sin piedad por la tuberculosis.

PRELUDIO. En contraste a esa lasitud corporal -inadmisible para él por lo desvergonzada; repulsiva hasta la náusea- expuesta ante sus ojos, siente -ahora, cuando rememora, y

entonces- la creciente crispación adueñándose de su propio cuerpo, el sudor húmedo en sus manos, la perentoria explosión de ira...

DESENLACE. ... y, finalmente, el estoque. Un relámpago plateado, letal, emergiendo de su bastón toledano como un sueño de muerte... hundiéndose en la carne trémula una y otra y otra vez... y la sangre brotando a borbotones, como un manantial de vívidos rubíes... y los ojos de esa niña... tan bellos, tan bellos... disolviéndose poco a poco en la oscuridad. Bernard tuvo que llevarse la mano a la boca para no gritar. Su corazón latía desacompadadamente.

ASOCIACIÓN DE IDEAS. Luego de que la ambulancia se marchara, y una vez que fueran dispersados todos los mirones, Bernard atravesó la calle con pausada quietud. Una rápida asociación de ideas cruzó su mente: el frío de la tarde, el frío del cadáver de la muchacha, el título del *aria* que escuchara a la mañana: *Che gelida manina*. Un involuntario estremecimiento sacudió su cuerpo.

SÚPLICA. Angustiado hasta las lágrimas, bajo la declinante luz del sol, Bernard se juramentó que, definitivamente, esa era la última vez. *La última vez. Por Dios... que así sea*, imploró.

EL CLAVEL BLANCO. Unas cuadras más adelante –como obedeciendo a un inexplicable impulso-, se detuvo en el puesto de la florista y compró un clavel blanco. La anciana que atendía, incrédula, con el billete de elevada denominación aún en su mano, permaneció un buen rato mirándolo mientras él se alejaba. Bernard se despidió con ademán galante de la mujer, olió la flor con deleite y, luego de cortar delicadamente el tallo, la colocó en el ojal de su *jaquette*. Luciendo una amplia sonrisa, se dirigió a su casa a paso firme, tarareando el *aria* de Puccini durante todo el trayecto que restaba.

CRÓNICA ULTERIOR. Cuando su esposa le refirió la nota, publicada en el periódico de la tarde, sobre el pavoroso crimen de una muchacha en los barrios bajos, él le solicitó que

Monsieur Bernard

renunciara a cualquier mención truculenta sobre el hecho. El posterior silencio de Bernard y, especialmente, la honda expresión de aflicción en su rostro, fueron suficientes como para que ella interpretara fielmente, el estupor que el horrible incidente le producía a su marido.

SIMILITUD DE LOS ESPEJOS. La entonación con que su mujer pronunció la palabra “*demente*”, en referencia al asesino de la muchacha, le produjo a Bernard una extraña y dolorosa reverberación. Durante toda la cena, permaneció con aire ausente e introspectivo. Por momentos, como si procurara recordar algo impreciso, observaba fijamente las figuras de su esposa y la suya, duplicadas en el espejo del salón principal.

CERTEZA. Bernard sabía que su mujer moriría pronto; no hacía falta recordar que el tiempo de vida que le quedaba, era mucho menos de lo que él necesitaba para mitigar su culpa. Nadie podría suponer que los *potiche* de porcelana que ella decoraba con tanta maestría, hubieran causado semejantes estragos en su salud. O, más precisamente, que la pintura utilizada para decorarlos fuera la culpable de esa anemia perniciosa que estaba terminando con su vida.

LAS CHICAS DE ORANGE. Unos diez años atrás, en 1917, un caso resonante involucró a una compañía de relojes de Orange, New Jersey. Las jóvenes trabajadoras que coloreaban los números en las esferas de los relojes despertadores, desconocían por completo el riesgo que acarrearía el uso de una particular pintura blanca y luminiscente, provista por la *U.S. Radium Corporation*.

BRILLANDO EN LA OSCURIDAD. ¡Pobres ángeles inocentes! Les dijeron que la pintura era completamente inocua... *(debido a lo delicado de su labor, las chicas solían afinar los pinceles, humedeciendo las cerdas con los labios y lengua. Incluso, algunas de ellas, por simple diversión, se teñían las uñas o los dientes con dicha sustancia para sorprender a todos con la fosforescencia que emanaba en la oscuridad)*... pero no lo era.

TRÁGICA REVELACIÓN Tiempo después se supo la verdad: la letal dosis de radiación, proveniente de esa pintura, arrasó con las vidas de esas jóvenes operarias de Orange.

CURIOSA ADQUISICIÓN. A través de un contacto en la embajada francesa en los Estados Unidos, y aduciendo propósitos de investigación científica, Bernard consiguió una mediana cantidad de la mortífera sustancia -a un precio razonable, a decir verdad-, luego de que fuera confiscada por las autoridades de salud del país del Norte, para ser desechada definitivamente.

ALQUIMIA. Conociendo la afición de su cónyuge por los *potiche* de porcelana, con suma pericia y notable precaución, Bernard combinó la dosis adquirida con la tintura que ella utilizaba comúnmente para la decoración de sus piezas. Si bien, los trastornos físicos no fueron fulminantes como en el caso de Orange (a veces, se permitía dudar de la mezcla que él mismo había realizado, o de la efectividad de la sustancia activa y su probable caducidad, dado el tiempo transcurrido), el deterioro en la salud de su esposa se pronunciaba día a día. Llevaba ya seis meses utilizando el compuesto y su sentencia de muerte estaba dictada.

QUEHACERES COTIDIANOS. Aduciendo excusas para evitar sus salidas -en realidad, esperaba que los insufribles pésames y muestras de condolencia de los vecinos por el fallecimiento de su esposa, remitiesen de una buena vez-, Bernard consumió varias tardes en su biblioteca, hojeando libros de poemas y poniendo en orden algunos papeles.

VOYEUR. Como siempre lo hacía, en la caja de seguridad disimulada tras la pintura *Niña con Perro* (obra de Michelena, *bellísima e inmoralmente sugerente*, en su opinión), Bernard guardó con sumo cuidado los costosos daguerrotipos franceses del siglo XIX. Pese a la continua náusea de reprobación que experimentaba cada vez, le cautivaba contemplar en soledad las obscenas escenas de infantes retratadas en ellos. *Dios, aparta de mí ese cáliz,*

Monsieur Bernard

murmuró quedamente al cerrar la caja. Bernard tenía la vaga esperanza de que la voz de su conciencia –herida de muerto, que parecía no cicatrizar jamás-, dejase por fin de atormentarlo.

SECRETOS DE ALCOBA. Bernard gustaba departir por las tardes con su joven criada: esa bella y tímida adolescente. En su alcoba, entre juegos de cartas, tazas de chocolate y confituras, procuraba -un tanto, cuanto menos-, contrarrestar el tedio y la melancolía que a veces lo afligían, luego de la muerte de su cónyuge.

LATINISMOS I. Justamente, en esa misma alcoba y en ese mismo lecho de tantas frustraciones maritales, también ambos solían entregarse con diligencia a la práctica del *coitus more ferarum contra naturam*. Para tal fin, Bernard utilizaba cierto instrumento fálico de cristal transparente –traído de Shanghái, por especial encargo-, que ajustaba a su cintura mediante un arnés de cuero negro.

LATINISMOS II. Eran, sin embargo, las prodigiosas fellatio de la muchacha, las que dejaban a Bernard completamente saciado en sus ansias lúbricas. En cada una de esas inefables ocasiones, alcanzaba el orgasmo *incontinenti* –debido a la vergonzante *ejaculatio praecox* que padecía-, mientras por su cabeza desfilaban imágenes de niños de cabezas nimbadas, sonrosadas mejillas y atipladas voces de castrati.

DILEMA. Por un lado, Bernard era consciente del insignificante precio que pagaba por el silencio encubridor de esa joven doncella -resultaba inadmisibile para él que el resto del personal doméstico confirmara la relación existente entre ambos, aún cuando todos en la casa, sin excepción, tuvieran más que fundadas sospechas al respecto-, y también por su sorprendente experticia en artes amatorias: bastaba con algunas caricias, mentidas palabras tiernas y baratijas de vidrio y oropel. Sin embargo, como contraparte, las lágrimas de contrición de ella -que siempre sucedían a las extravagantes cópulas y, a decir verdad, lo

aburrían sobremanera-, parecían confirmar que el consentimiento de la moza a la realización de tales prácticas, era más un acto de subordinación patronal que de auténtico amor pasional; hecho que hería profundamente su ego. Sin duda, se trataba de un arduo dilema (o trilema, si se me permite tal expresión) para Bernard, quien aún no se decidía entre las gotas de estricnina, cianuro o ricina, para rociar las achocolatadas trufas Madeleine que tanto le agradaban a su empleada.

\*\*\*

### EXPIACIÓN (*obra en 4 actos*).

#### ACTO PRIMERO.

*(Afuera, cientos de voces rugen a escasos metros de la entrada principal.)* Al asomarse por la ventana, él puede ver a la multitud enfurecida avanzando hacia la casa. Sabe perfectamente el objetivo que persigue esa turba (su linchamiento, sin duda), por lo que se dirige presuroso a refugiarse en la sala contigua.

*(El griterío de la muchedumbre se hace ensordecedor.)*

Un proyectil destroza el vidrio de la ventana del frente. Inmediatamente, el segundo rompe la ventana lateral, haciendo añicos varios de los amados *potiche* de su esposa, que descansaban sobre el *bahiut* de estilo. Durante lo que parece una eternidad, él permanece allí, enajenado, observando la congelada coreografía de trozos de cristal y porcelana, desparramados sobre el mueble y el piso.

*(De fondo, Introito, del Réquiem en D Menor, de Mozart)*

*Fin del primer acto. Oscurecimiento. Telón.*

Monsieur Bernard

ACTO SEGUNDO.

*(La luz de toda la casa se extingue de pronto (seguramente, la turba ha cortado los cables eléctricos); En la sala de música, el piano de cola Steinway & Sons luce lúgubre, ominoso. Su imponente contorno contrasta téticamente en la extraña luminiscencia que reina ahora en el lugar. El silencio es absoluto.)*

Quizás se trate de ese maldito silencio que lo rodea, o del miedo latente que va creciendo dentro suyo -no lo sabe con certeza-, pero siente su cabeza a punto de estallar y una opresión tal en el pecho que, incluso, hasta el aire parece faltarle. Debe apoyarse en los brazos de un sillón cercano para no caer. En sus oídos percibe un zumbido extraño, molesto, persistente.

*(Un reloj invisible marca la hora con lúgubre carrillón.)*

Como despertando de un sueño, él camina por la sala, se detiene frente al gran espejo tríptico y contempla su propia figura durante un largo rato. *(Su rostro no muestra emoción alguna; luce como resignado en su papel de simple espectador.)* Maquinalmente, acomoda su corbata; al hacerlo nota que el clavel blanco en el ojal de su saco, resplandece funesto y espectral.

*(El tiempo parece transcurrir anormalmente lento, con la pesadez de un mecanismo de relojería oxidado.)*

Horrorizado, él observa cómo en el espejo van apareciendo, una a una, las letras:

U N H E I M L I C H

Entonces, pausadamente, recita:

*Insidioso líquido que horada la masa pétrea.*

*Dolor angustiante que, como helado céfiro,*

*en la nocturna oscuridad se filtra para zaherir la carne.*



*Luna necrófaga, cuya pérfida sombra mancilla el sol.*

*Así, este horror, cruel demonio que emponzoña el sueño,*

*parece traspasar mi alma que, trémula y vacía,*

*alejada por completo de la luz divina,*

*sólo se limita a contemplar, inerme,*

*cómo se somete y claudica ante su sombría potestad.*

*(De fondo, Lacrimosa, del Réquiem en D Menor, de Mozart)*

*Fin del segundo acto. Oscurecimiento. Telón.*

### ACTO TERCERO.

*(Un gigantesco mural -en el que brillan dos ojos que van transfigurándose de manera continua-, parece empequeñecer al protagonista, ubicado solo en el medio del escenario.)*

Las voces de un invisible coro, en tono grave y sombrío, exclaman al unísono:

*Tenaces. Funestos.*

*Abismos de sangre, ardiendo con despiadado fulgor.*

*Honduras insondables, horrendas, acechantes.*

*(Fulgor de relámpagos. Luego, el estampido de un furibundo trueno.)*

*¡Ojos! Observando desde la oscuridad.*

*Juzgándote y condenándote por tus crímenes.*

*(De fondo, Dies Irae, del Réquiem en D Menor, de Mozart)*

*Fin del tercer acto. Oscurecimiento. Telón.*

Monsieur Bernard

## ACTO CUARTO

Furibunda, la multitud embiste contra la gruesa puerta del frente. *(Se escuchan fortísimos golpes; la casa entera parece trepidar a cada impacto.)* Escondido tras el cortinado, él escucha con espanto cómo la puerta se desprende de sus goznes y cae pesadamente.

*(La reverberación de ese golpe permanece flotando en el aire varios segundos.)*

Al advertir que la multitud ha entrado en la casa, su boca se abre en una mueca de dolor. *(El rictus es el de un grito, aunque absolutamente silencioso.)* Finalmente, cae de rodillas y rompe en sordo llanto.

*(De fondo, Domine Jesu, del Réquiem en D Menor, de Mozart)*

*Fin de la obra. Oscurecimiento. Telón.*

\*\*\*

## EPÍLOGO.

*Porque con la luz del día, al igual que esas noches de pesadillas en las que nuestros fantasmas nos invaden, lo siniestro se desvanece, dejando develada una realidad que no será equívoca ya, sino unívoca en cuanto a hechos enjuiciables, a castigos merecidos y a dignidades restablecidas. (Pilar Errázuriz)*

BRUSCO DESPERTAR. Bernard despertó sobresaltado, cubierto de sudor. Encendió la luz de la habitación y miró a su alrededor con el rostro desencajado. En su mente, aún aleteaban vívidamente los horrores de la terrible pesadilla. Frente a él, a pasos del pie de su cama, descubrió la robusta estantería caída –desprendida de la pared-, y la multitud de objetos que había en ella, rotos y esparcidos por el suelo de la habitación. Donde antes se amuraba el

mueble, dos grandes huecos en el revoque parecían observarlo como... Bernard no pudo evitar un escalofrío al recrear en su cabeza los horrores del sueño.

EL CLAMOR POPULAR. Un rumor paulatinamente creciente, que provenía de la calle, lo sacó del ensimismamiento. Afuera, una multitud de personas vociferaba. Bernard agudizó el oído, procurando captar el motivo. Al parecer, cientos de trabajadores sindicalizados marchaban en protesta, reclamando a viva voz por el aumento de sus jornales. Bernard frunció el ceño con disgusto.

SINCERA OPINIÓN. *El orden social se está subvirtiendo*, reflexionó Bernard. Se dirigió hacia la ventana y corrió las cortinas. Por la calle, desfilaba una interminable columna de trabajadores. Bernard volvió a fruncir el ceño. *La pobreza no es estética*, concluyó, con clara sensación de asco.

ALARMA. Una seguidilla de rudos mazazos en la pared de la cabecera de su cama, lo estremeció nuevamente. Bernard palideció. Sus labios trémulos daban cuenta de su agitación y temor. *Vienen por mí*, alcanzó a murmurar aterrado, mientras sus dedos, como garfios, apretujaban la cortina de terciopelo rojo.

PRONTO SOSIEGO. No tardó en percatarse del motivo real de los golpes. Aún temblaba por el sobresalto, cuando recordó que estaban refaccionando la sala contigua a su habitación. *Gracias a Dios*, pensó, mientras cerraba los ojos y respiraba profundamente, procurando serenar el ánimo. Cuando los abrió, segundos después, el tiempo y el espacio volvían a rodearlo con la habitualidad de siempre.

BREVE RECUERDO. Bernard se sentó en el borde de la cama. Mientras bebía un sorbo de agua, recordó la palabra escrita en el espejo durante el sueño. Su expresión pareció crispase

Monsieur Bernard

unos instantes, pero luego, poco a poco, comenzó a distenderse. Esbozó una mueca ambigua y sacudió lentamente la cabeza, como si negara algo.

FINAL. Su gato se acercó ronroneando, frotándose contra sus piernas. Mientras lo acariciaba, Bernard sonrió aliviado, plenamente satisfecho. El catarro, la fiebre y el dolor de cabeza parecían haber remitido por completo. El mundo volvía a ser un lugar dichoso, casi beatífico. Parsimoniosamente, se calzó las costosas pantuflas de piel de becerro, caminó hacia el ventanal y descubrió completamente las cortinas. Abrió las ventanas y durante un rato contempló la calle, ahora vacía. La cercana primavera vestía con nuevas ropas los árboles de la avenida. La confidente quietud parecía un augurio de armonía universal. Con deleite, Bernard aspiró el aire matinal y, entrecerrando los ojos, dejó que el sol bañara su rostro. Una embriagadora sensación de paz lo envolvía cuando recibió en su espalda el primero de los seis disparos...